

Entre lo nacional-estatal y lo nacional-popular en Bolivia durante las décadas de los 60 y de los 70. *Between National-state and national-popular effervescence during 60's and 70's in Bolivia*

Lorgio Orellana Aillón

(pág 81 - pág 91)

Este artículo centra su atención en la configuración de la coyuntura de efervescencia nacional-popular que posibilita la política populista. El caso estudiado es la emergencia de las rebeliones mineras de los años 60 y 70. Nuestras fuentes primarias de información son las entrevistas en profundidad realizadas a los protagonistas de aquellos procesos.

A través del análisis de las experiencias de los entrevistados en las escuelas fiscales rurales, en los cuarteles y durante las rebeliones mineras de los años 70 ponemos en evidencia que aquel proceso de efervescencia nacionalista y popular fue el resultado socio-histórico de la reapropiación subalterna de *lo nacional*.

Palabras clave: Nacionalismo, populismo, movimientos sociales, campesinos, mineros, Bolivia

In this article we focus on the configuration of the conjuncture of the national-popular effervescence as one condition of the populist politics. The case study is the emergency of tin miner's rebellion during the 60s and the 70s in Bolivia. Our main sources of information are the interviews addressed to the actors of those events. Through an analysis of their lived experiences in rural schools, in casernes and during rebellions in the 60s and the 70s, we show evidences about the connections between the process of the national-popular effervescence and the subaltern appropriation of the *national* learned in state institutions.

Keywords: nationalism, populism, social movements, miners, Bolivia

Lorgio Orellana Aillón es investigador del Instituto de Estudios Sociales y Económicos y Docente de Historia Económica de la Facultad de Ciencias Económicas y Financieras de la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba-Bolivia. lorgioo@yahoo.com

Recibido 23/08/2019 Aprobado 30/10/2019

1. INTRODUCCIÓN

La caída del gobierno populista de Evo Morales el 10 de noviembre de 2019, vuelve a poner sobre el tapete de discusión la irresuelta cuestión nacional, que históricamente ha caracterizado a la formación social boliviana. Las tentativas de las fuerzas conservadoras pro-oligárquicas de “reinstaurar la República” y abolir el “Estado plurinacional”, expresada simbólicamente a través de la quema de la bandera de los pueblos andinos, la whipala, en el momento de la consumación del golpe de Estado organizado por la derecha con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos; sería inmediatamente respondida por una inmensa multitud de trabajadores vecinos de la ciudad aimara de El Alto, que al día siguiente bajaban corriendo, whipalas en mano, hacia la ciudad de La Paz gritando “¡Ahora sí, guerra civil!”. Este proceso político debe inscribirse en el desarrollo de contradicciones de larga duración, objeto de reflexión del presente artículo.

El populismo es una de las derivas posibles de una coyuntura de crisis de hegemonía (Portantiero y De Ipola 1981: 7-18). Si bien se trata de una lógica política antes que un movimiento (Laclau 2004: 150-158); los movimientos sociales de orientación *nacional-popular* son su “caldo de cultivo”, el tipo de efervescencia social que constituye su condición de posibilidad. Pensamos que analizar la configuración de estos movimientos es uno de los pasos ineludibles dentro de una agenda de investigación que tiene como objetivo principal explicar la emergencia del populismo.

Para Juan Carlos Portantiero y Emilio De Ipola (1981: 7-18), los orígenes de lógicas políticas modernas como el populismo o la política revolucionaria, se inscriben dentro de procesos de efervescencia *nacional-popular*, unas veces como fuerzas socio-políticas concurrentes, si no antagonistas, y otras veces también complementarias.

Este artículo no centra su atención en la emergencia del populismo *stricto sensu*, si no en la configuración de la coyuntura de efervescencia nacional-popular que lo hace posible. El caso estudiado es la emergencia de las rebeliones mineras de los años 60 y 70. Nuestras fuentes primarias de información son las entrevistas en profundidad realizadas a dirigentes aimaras de las Juntas Vecinales de la ciudad de El Alto, cuyas trayectorias sociales analizamos.¹

Como pretendemos demostrar mediante el análisis de las experiencias de nuestros entrevistados, en las escuelas fiscales rurales, en los cuarteles y durante las rebeliones mineras de los años 70, aquel proceso de efervescencia nacionalista y popular fue el resultado socio-histórico de la reapropiación subalterna de *lo nacional* (Portantiero y De Ipola 1981: 7-18).²

Dentro de ese proceso, hasta las reformas liberales comenzadas por los dictadores de derecha en los años 60 y 70, lo “nacional-estatal” fue el principio preponderante de agregación de las clases dominantes; en tanto que lo “nacional-popular” persiste como el principio preponderante de agregación de las clases subalternas³.

2. LA CONFIGURACIÓN DE LO NACIONAL-ESTATAL DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE 1952

Después de la revolución de 1952, instituciones estatales como la escuela fiscal y el

servicio militar obligatorio, fueron los dispositivos a través de los cuales el nuevo grupo dominante dirigió un proceso de nacionalización en torno al principio de la soberanía nacional sobre los recursos naturales y sobre el territorio. La asimilación subalterna de estos principios cimentó la integración entre lo nacional-popular y lo nacional-estatal hasta la década de los 70.

Como las entrevistas permiten poner en evidencia, esta dominación fue contestada y resistida. No obstante, los hechos que precipitaron un proceso de reapropiación subalterna de lo nacional, fueron: el ascenso de nuevas clases dominantes y la reconversión de las antiguas élites políticas hacia el liberalismo, dentro de un contexto de reforzamiento de las relaciones de dependencia durante las dictaduras militares de derecha en los años 60 y 70; posibilitando una nueva mutación histórica de lo nacional-estatal en nacional-popular.

Los conceptos de soberanía y de nación, aprendidos en las instituciones del Estado post-revolucionario boliviano, preservan como parte consubstancial de sus definiciones la influencia decisiva de la geopolítica en la delimitación de la nación como colectivo de identificación (Manero 2014: 158). El territorio constituye uno de los límites simbólicos fundamentales de la comunidad imaginaria de Bolivia. A su vez, la propiedad y la soberanía del Estado sobre los *recursos naturales* devino un límite jurídico, político y simbólico; *inviolable* desde la perspectiva de amplias capas de obreros, de campesinos y de sectores de la clase media que habían vibrado alrededor de la consigna de la *nacionalización de las minas* durante las dos décadas anteriores a la Revolución de 1952.

Durante su discurso de promulgación de la Nacionalización de las minas, seis meses después de la insurrección de abril de 1952, el presidente Víctor Paz Estensoro afirmaba vehementemente que la soberanía política y la autonomía del estado ahora residían en la posesión y el control de los recursos naturales:

“Las riquezas de Bolivia son ya de los bolivianos y la Patria es dueña de su destino: la voluntad popular ha sido histórica y legalmente consagrada (...) Con la firma del decreto hemos cerrado victoriosamente un nuevo capítulo en la larga y dolorosa historia del esfuerzo nacional para hacer de Bolivia una patria independiente y justa (...) El contraste entre las minas de extraordinaria riqueza y el atraso y la pobreza generales del país, se hizo posible por el crecimiento del desproporcionado poder de los grandes mineros. Ese poder económico se hizo dueño a breve plazo de poder político, deformó cruelmente toda la vida boliviana. Quiso hacer de una Nación de tres y medio millones de hombres libres, una factoría acomodada a los intereses explotadores de tres individuos (...) Pero estaba en la esencia misma de los grandes consorcios el interés de mantener la dependencia de la economía boliviana de las exportaciones de antaño, a fin de acentuar cada vez más su hegemonía (...) Patiño, Aramayo y Hochschild no sólo no invertían sus beneficios en crear nuevas industrias, sino que (...) se negaron sistemáticamente y con pueriles pretextos a levantar los hornos de fundición en nuestro país. Acentuaban así, la dependencia, la dependencia de nuestra economía del control de los fundidores del extranjero (...) Aquellas mínimas y

justas exigencias del Estado y de los trabajadores fueron así respondidas por los grandes empresarios, buscando la protección del poder extranjero para oponerlo a los intereses de su propia Patria (...)” (Justo 2007: 276-77).

En torno a estos principios, junto a la influencia de la geopolítica, después de la revolución de 1952 el gobierno del MNR encarará un proceso de nacionalización de las clases subalternas.

Como sostiene James Malloy (1989), hasta antes de la Revolución de 1952 Bolivia como concepto fue un epifenómeno para la actividad campesina-indígena. Dos décadas después, para los descendientes de aquellas personas, muchos de ellos obreros en las minas de Potosí y Oruro, Bolivia tenía una connotación *sagrada* claramente definida; aprendida en la escuela y en el cuartel. « Lo que he aprendido es que Bolivia por decir cuántos departamentos tiene, como lo hemos perdido la salida al mar, todo esas cosas, además otro punto fundamental es cuánto de kilómetros teníamos todo esas cosas, cuantos ríos tenemos, el lago más alto del mundo [Lago Titi Caca], las montañas ... todas esas cosas»⁴, dice el dirigente aymara Jaime Estaca (1970, Comunidad de Uyaricagua, Camacho), quien al referirlo, se inscribe dentro del colectivo boliviano de identificación.

El conocimiento de un límite geográfico en la escuela es casi siempre el conocimiento de una “amputación” territorial.⁵ Al respecto, Eusebio Merlo (1961, Comunidad de Guarayos, Tiwuanaco) recuerda que en el tercer curso de Primaria, aprendió a dibujar los departamentos, a dibujar el mapa de Bolivia y el Litoral perdido: « Nos hablaban [los maestros] que hemos perdido todo eso, quién era Eduardo Abaroa [...], entonces en el cuartel lo mismo nos hacían recordar [...] ».⁶

Además de las escuelas, son los cuarteles las instituciones donde los jóvenes aimaras conocieron los límites simbólicos de la comunidad imaginada de Bolivia. En este sentido, la entrevista realizada a un soldado campesino por Juan Ramón Quintana es significativo:

“Yo he aprendido muchas cosas aquí en el cuartel que no sabía por la escuela. Historias he aprendido, geografías también, los departamentos, los ríos, el Bolivia he conocido en el mapa. Yo puedo ahora conocer a la patria, cómo es la patria, hay que conocer para hablar sobre la patria. Qué es la patria eso pregunta. Uno que no ha hecho el servicio militar no sabe qué es patria, uno que ha hecho el servicio militar sabe qué es la patria. La patria es la cuna donde nacemos, donde aprendes a leer y escribir, el cuartel donde aprendes a defender con armas. La patria para mí sería más que todo un lugar donde estamos todos, la patria para mí sería más que todo un lugar donde estamos todos, la patria es todo para uno, la patria es cuando algunos no conocen nada es no saber dónde están...” (Quintana 1998: 299-300).

Según este soldado aymara, en el cuartel conoció la patria: “el lugar donde todos estamos”, donde hemos nacido, la totalidad en la que sabemos que estamos; y que, de no saberlo, estaríamos perdidos, ignorando nuestro lugar en el mundo. *Bolivia* es ese nuevo

lugar, al cual este soldado y nuestros entrevistados aimaras pertenecen: Bolivia con sus 9 departamentos; sus límites geográficos al Este, al Oeste, al Norte y al Sur; sus ríos y sus montañas. A través del conocimiento de los límites simbólicos que circunscriben imaginariamente la comunidad política de Bolivia, los individuos asimilaron una *nueva manera de ser en el mundo* (Anderson 1983: 19).

En las entrevistas, otro tema que aparece recurrentemente, también inculcado por la escuela y por el cuartel, es la evocación de que la defensa de los recursos naturales de Bolivia costó sangre. Por ejemplo, Jaime Estaca se siente particularmente orgulloso por ser parte de una nación rica en recursos naturales, pero también porque “sus padres” – según él se figura– dieron sus vidas para que hoy Bolivia sea un país independiente. Para nuestro entrevistado morir por la patria, por la independencia de la patria, es un orgullo.

Así como los intelectuales del nacionalismo revolucionario tematizaban que la invasión del territorio boliviano estaba asociada a la angustia de los países vecinos por apropiarse de los recursos naturales del país, Jaime Estaca indica:

“El único interés que han tenido [invasores extranjeros] es sobre nuestros recursos naturales, entonces es sobre la tierra, la olixcita, el huano, el salitre, todo eso. Han sido todo en interés entonces sobre la base de eso nos han desmembrado, y también nuestros gobernantes de esa época han tenido que ser cómplices para que eso también pase. No debería de actuar de esa forma [los gobernantes] sino que como bolivianos era de defender, un gobierno que verdaderamente ame a su país los defiende junto a su pueblo, pero esas veces ¡el pueblo! ha defendido, nuestros abuelos han ido a la Guerra del Chaco, al arenal a luchar a combatir [...]”⁷

En la imaginación de estos subalternos aymaras, el problema nacional surge cuando perciben que la integridad territorial de Bolivia, históricamente cercenada por países vecinos, y la propiedad de los recursos naturales que anida en su seno, han sido violados.

Ahora bien, en las décadas de los 60 y de los 70, aquella creencia patriótica no se orientaba contra una alteridad externa que de modo efectivo amenazase la integridad territorial de Bolivia. Después de la firma del tratado de 1905, Bolivia renunció a cualquier tentativa de recuperación de la costa del pacífico por la vía armada. Y, sin embargo, desde hace más de medio siglo los profesores de historia, de cívica y de música en los colegios públicos y los instructores de los cuarteles, enseñan unos himnos, una historia y unos rituales en los que los chilenos son una alteridad amenazante. ¿Cuáles han sido las razones sociales de la difusión de este mito entre los estudiantes y entre los jóvenes conscriptos? ¿Cómo así, un discurso estratégico que se configuró frente a la amenaza de un Estado invasor, se transformó en parte de un dispositivo local de dominación?

Durante las décadas de los 60 y de los 70 –en pleno contexto de la guerra fría y de alineamiento de varios Estados latinoamericanos con la cruzada anticomunista dirigida por Washington, junto a la proliferación de las escuelas fiscales en el Altiplano Norte de

La Paz- uno de los hechos más remarcables fue la proliferación de cuarteles militares en las regiones donde las luchas de las clases subalternas adquirirían un carácter explosivo, como los campamentos mineros en el Norte de Potosí, o la Provincia Omasuyos en el Altiplano aimara Norte de La Paz.

El incremento de la presencia de las escuelas y de los cuarteles en el Altiplano Norte de La Paz, vino de la mano de la mitología nacionalista y guerrera que se impartía en esas instituciones; transformándose, como veremos en las páginas que siguen, en un dispositivo más amplio de ejercicio del poder sobre los cuerpos de los jóvenes campesinos aimaras. El fin último del uso de la violencia física y del relato nacionalista será la búsqueda de obediencia a la autoridad de los profesores, de la jerarquía militar, del Estado.

Sobre este tema, este fragmento de la entrevista con Jaime Estaca (1970, Comunidad de Uyaricagua, Camacho), donde el entrevistado describe que ha cumplido su deber al hacer el Servicio Militar Obligatorio (SMO), es significativo:

Lorgio Orellana: ¿Deber y obligación con quién?

Jaime Estaca: Con el Estado

Lorgio Orellana: ¿Por qué?

Jaime Estaca: Porque a base de eso sé que es un cumplimiento de una norma más o menos, ¡es más concretamente! Porque muy claro el servicio militar es obligatorio es y el cumplir, pero dentro de eso también cumples un deber digamos hacer guardia la institución y también hacer caso a tus superiores, [...] hay un jefe que tienes que hacerle caso”.⁸

El sentido de la obligación y de la obediencia está muy presente en las entrevistas. Por lo general, nuestros entrevistados indican que están obligados a hacer el SMO, lo cual se refiere a que si no lo hacen pueden recibir algún tipo de castigo o sanción. Sin embargo, esto es visto como legítimo y normal.

El ex minero, José Montesinos (1936, Comunidad de Tupiza, Sub Chichas), reclutado en el umbral de la revolución de 1952 (1950), justifica de manera similar los testimonios citados anteriormente: el sufrimiento experimentado en los cuarteles indica el paso a la condición masculina y prepara a la gente para afrontar la vida después: “No somos hombres mientras no vayamos al cuartel. Y en el cuartel realmente se aprendía, yo he aprendido a ser hombre allá porque he sufrido. No es el cuartel de ahora, que ahora se le tocan al soldado, ahí está derechos humanos esta cualquier cosa. Antes nos hacían sufrir: nos pegaban, nos maltrataban, y comíamos la comida más, ah, denigrante, [...] había “lawá”, ¡exactamente lawá! todo era lawá”.⁹

En una encuesta realizada por Quintana sobre la base de una muestra de 2,500 observaciones en los cuarteles, más de la mitad de los soldados pensaron que las órdenes debían obedecerse para no ser castigados. En los cuarteles “la obediencia no se construye sobre el pilar de la responsabilidad consciente o sobre la legitimidad de la autoridad sino la posibilidad de la coacción” (Quintana 1998: 286).

La violencia cumple un papel cohesionador de los subalternos en torno a la autoridad del Estado. Los datos presentados por Quintana y por las entrevistas realizadas en el marco de esta investigación, permiten poner en evidencia la gran legitimidad de la violencia como forma de relación social entre las categorías dominantes y los subalternos.

3. HACIA LO NACIONAL-POPULAR

A inicios de los años 60, la creciente necesidad del gobierno del MNR de contar con un crédito norteamericano, dio una orientación represiva a la política de Victor Paz Estenssoro con relación a los sindicatos mineros. “El presidente Paz Estenssoro, con el financiamiento estadounidense para el desarrollo sólidamente organizado, desató hacia mediados de mayo de 1961 su vieja prosa de doblegar a la izquierda. Para hacerlo, no careció del armamento represivo que hacía falta, donado por EEUU” (Field 2016: 47).

Los efectos de las medidas económicas, primero alentadas por el MNR y luego profundizadas por los dictadores puchistas durante los años 60 y 70 serán claramente perceptibles en la vida de los trabajadores, mediante la disminución de los salarios defendida por la represión de los militares. En la famosa Tesis de Colquiri de noviembre de 1963, los trabajadores denunciaron al gobierno del MNR porque, en su opinión, éste ya no defendía los preceptos básicos de la soberanía política:

“El gobierno anti-obrero, sirviente del imperialismo, ha traicionado los ideales del pueblo boliviano... Nos oponemos a la política económica de un gobierno que ha olvidado que es boliviano, para servir mejor a los intereses extranjeros” (Iriarte 1983: 143).

La interpretación de los trabajadores sugiere que, en un momento dado, como en el momento de la nacionalización de las minas de octubre de 1952, el gobierno del MNR defendió los intereses del “pueblo boliviano”, incluido el suyo. Pero ahora no los defendería. Por eso se sienten traicionados.

Se abría una nueva coyuntura de crisis hegemónica, uno de cuyos rasgos específicos fue el desgajamiento de lo nacional-popular respecto de lo nacional-estatal, favoreciendo el escenario para un proceso de apropiación subalterna del relato nacionalista.

Los obreros afirmaban haber derramado su sangre para conquistar la nacionalización de las minas. En la Tesis de Colquiri los obreros hacían referencia a precedentes luchas respondidas por la antigua oligarquía minera mediante las masacres. Como afirmaba Sergio Almaraz en 1969, los mineros eran « el cuerpo sufriente de la patria »: “se entreteje la historia de un pueblo que se obstina en llevar mucho tiempo su pesada cruz en busca de una esperanza que se llama patria” (Almaraz 1969: 88). Los mártires de una larga historia de confrontación contra el “imperialismo” y sus “sirvientes locales”. En la Tesis de Colquiri los obreros se ven como los representantes de las aspiraciones y los intereses del “pueblo boliviano”, confrontado a los “intereses extranjeros”, “la vanguardia de la nación oprimida”; participando de este modo en la labor colectiva de configuración de un gran relato naciona-

lista de contenido subalterno, en el cual el proletariado minero ha sido su principal héroe.

En la perspectiva de estos trabajadores mineros, las políticas económicas adoptadas por el MNR, “sirviente del imperialismo” y de “los intereses extranjeros”, violarían el principio de la soberanía. Estamos frente a un proceso de apropiación subalterna de lo nacional.

Como sucedió durante los últimos meses del gobierno del MNR, de igual modo los obreros interpretarán la política represiva de la dictadura de René Barrientos como “el mandato del Tío Sam”. Dentro de estas nuevas condiciones de enunciación, las masacres frente a las protestas de los obreros por la política salarial de Barrientos, serán interpretadas como la arremetida de un ejército que sirve a los intereses extranjeros. En esta medida, los obreros estarán “listos para responder” la ofensiva militar de Barrientos primero, y de Banzer después.

Las experiencias de los ex dirigentes mineros José Montesinos y Tomás Mamani, hoy dirigentes de las Juntas Vecinales del Barrio Santiago Segundo en El Alto, nos permiten analizar los modos en que las acciones de represión de los militares, dentro de la nueva coyuntura de alineamiento del gobierno con la “Alianza para el progreso” promovida por los Estados Unidos, activaron el resurgimiento de lo nacional-popular.

En la década de los 60 y de los 70 del siglo pasado, fueron los trabajadores mineros - hijos de campesinos y comunarios del Altiplano aimara y de los valles quechuas de Cochabamba - inmersos en un proceso de nacionalización (como es el caso de José Montesinos y de Tomás Mamani, este último, procedente de una comunidad indígena aimara), los que percibieron el restablecimiento de los vínculos de dependencia como una “traición a la patria”.

Tomas Mamani (1949, Comunidad de Eucaliptos, Tomás Barrón) hacía su servicio militar obligatorio cuando llegó el golpe de Banzer contra JJ Torrez en agosto de 1971. A las seis en punto de la tarde del 18 de agosto, JJ Torrez llegó al cuartel. Dijo que enviaría armas para resistir el golpe de estado: “Anteriormente en el cuartel solo había máuseres, unos cuantos nudillos y nada más. A la una de la madrugada llegaron las armas: ametralladoras y proyectiles antiaéreos.

Comandantes, veteranos que lucharon contra la dictadura nicaragüense de Somosa, dirigidos por J.J. Torrez, llegaron para enseñar a los soldados cómo usar las armas modernas.- : “A ver changos Bolis ustedes van a ser mis mejores alumnos”. Algunos días más tarde Tomas Mamani y sus amigos lucharían contra los soldados leales a Banzer:

“Agosto, peleamos, paramos hasta aviones, en Obrajes peleamos [...], mi compañero ha muerto estaba llevando dos cajas de municiones y ahí adelante yo con antiaéreo, con su equipo más cargadito él estaba saliendo y ahí había unos pilares mmm para las plantitas eso me salvo a mi quizá yo más hubiera muerto y mi compañero con sus dos cajones se cae, le agarro y muere aquí siempre la bala le había entrado, le he jalado de su pierna, nada pues, se ha muerto los cajones lo he visto, me parado y ahí estaba viniendo carajo me he armado y le he cerrado [se refiere a la oposición], y mi otra caja a este lado lo he traído, también el muertito también ahísito lo he colocado y meta a disparar porque estaba ca-

liente la sangre también, ya hervía, ya era animal, ya no era yo/ porque mi compañero ha muerto y artos compañeros habían muerto”.¹⁰

La instrucción militar adquirida por Tomas Mamani en el cuartel para el eventual desarrollo de una guerra, adquiere aquí un sentido nuevo. No se trata de la guerra contra un ejército invasor, si no para repeler un golpe de Estado, que es visto por los insurgentes como la acción de un poder extranjero.

La trayectoria social de Tomás Mamani, nos permite vislumbrar a cabalidad los modos en que una lógica de guerra modela gradualmente la cultura política boliviana al imponer la violencia por sobre otras maneras de arbitrar los conflictos políticos (ver Manero 2014: 33); pero en un sentido diametralmente opuesto a las expectativas de los instructores militares quienes, a través de la consigna de subordinación y constancia buscaron formar ciudadanos respetuosos de las leyes y del orden. Tomás Mamani, junto a los demás hijos de obreros y de campesinos que se hallan prestando su servicio militar, resisten el golpe militar de Hugo Banzer Suarez, quien en ese contexto tiene el apoyo de los Estados Unidos y expresa los “intereses extranjeros”.

La interpretación posterior, que surge de la experiencia vivida, es heroica. Es el minero y soldado Tomas Mamani, él mismo, quien lucha contra cientos de soldados. Ciertamente, exagera, pero exagerando, enuncia el significado de sus acciones: habría actuado como un héroe valeroso, como Eduardo Abaroa, por ejemplo, como un héroe de la patria.

CONCLUSIONES

La emergencia de lo nacional-popular en los campamentos mineros no se explica sin esa gran innovación del nacionalismo y de la revolución que fue la transformación de la guerra en asunto del pueblo (Manero 2014: 219).

Fenómenos como el “alzamiento armado” de abril de 1952, las insurrecciones obreras de los años 60 y 70, son inexplicables si no se toma en cuenta el rol jugado por el nacionalismo en la integración de las masas al problema de la guerra.¹¹ En el caso boliviano, la efervescencia nacionalista-obrera de los años 60 y 70 marcó una ruptura con, a la vez que una reapropiación de, la configuración nacional-estatal legada por el MNR.

En base al análisis precedente, podríamos establecer un criterio de periodización de la historia social y política de Bolivia, partiendo de la idea de procesos de configuración nacional-estatal seguidos de coyunturas de efervescencia nacional-popular, y viceversa. El ascenso del MAS al gobierno en enero de 2006, fue posibilitado por las coyunturas revolucionarias de octubre de 2003 y de mayo-junio de 2005. Pero si en aquellas coyunturas los insurrectos aymaras enarbolaron la tricolor boliviana frente al “gringo Goni” y contra las empresas transnacionales; en la coyuntura reciente, salen a la palestra enarbolando sus whipalas contra el golpe de Estado y frente a las clases medias urbanas blanco-mestizas; que, además de protagonizar varios actos violentos contra “cholas” de pollera y campesinos-indígenas, utilizaron la bandera boliviana en sus bloqueos y colgada del cuello como

capa al momento de exigir la renuncia de Evo Morales.

En enero de 2006 se inició, por la vía democrática, una nueva fase nacional-estatal; que, como la revolución de 1952, concluye interrumpida por un golpe de Estado, de la mano de una conspiración oligárquica apoyada por el gobierno de los Estados Unidos; y sostenida por una profunda movilización de las clases medias blanco-mestizas. Los vericuetos y las articulaciones que protagonizará el nuevo movimiento nacional-popular, como el que vemos en la ciudad de El Alto, se está viviendo en los momentos que escribimos estas líneas.

NOTAS

1. A lado de cada entrevista introducimos entre paréntesis el año y el lugar de nacimiento del entrevistado, para ubicar sus orígenes temporalmente y geográficamente.
2. Estas metamorfosis de lo nacional se entienden mejor como proceso hegemónico (Roseberry 2002: 213-227); donde la hegemonía es el resultado de una dialéctica de lucha cultural entre grupos subalternos y dominantes, “obra no sólo de los arquitectos de la élite, sino también de las encallecidas manos de los simples peones” (Knight 2002: 87). Ver especialmente el estudio clásico de René Zavaleta Mercado (1983).
3. Puede decirse esquemáticamente que la lucha política de las clases fundamentales bajo el capitalismo implica el enfrentamiento entre dos principios centrales de agregación: el dominante, “nacional-estatal”; el dominado, “nacional popular”.
4. Entrevista a Jaime Estaca, El Alto, 2006.
5. Al Sud, la pérdida del Chaco Boreal durante la guerra con el Paraguay entre 1932 y 1935; al Este, la pérdida de la Costa del Pacífico durante la Guerra con Chile entre 1879 y 1883; al Norte, la pérdida del Matogroso con el Brasil; en resumen, la pérdida de más de la mitad del territorio con el que Bolivia nació a la vida independiente. En las bibliotecas escolares, los estudiantes compran una copia del mapa original de Bolivia, en el que la extensión territorial de la fundación de Bolivia en 1825 es más del doble de la extensión territorial actual. Entre estas “amputaciones”, es la de la Costa del Pacífico la que es evocada con mayor insistencia en las escuelas.
6. Entrevista a Eusebio Merlo Pati, El Alto, 2006.
7. Entrevista a Jaime Estaca, El Alto, 2006.
8. Entrevista a Jaime Estaca Apaza, El Alto, 2006.
9. “Lawa”, en aimara quiere decir sopa. Entrevista a José Montecinos, El Alto, 2006.
10. Entrevista a Tomas Mamani Salamanca, El Alto, 2006.
11. “Mediante la integración de las masas, la guerra no es ya un asunto de aristócratas y de mercenarios. A partir de la Revolución, los Estados-nación se enfrentaron apoyándose en el patriotismo y la movilización de sus ciudadanos. Apelando al nacionalismo, el reclutamiento masivo, conclusión natural de la idea de soberanía del pueblo, transforma y democratiza un oficio que estaba a cargo de profesionales. La guerra, como la política, por la integración de las masas, deja de ser una actividad propia de elites para convertirse en la de las naciones y de los ciudadanos”

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ALMARAZ, S. (1969) *Réquiem para una república*. La Paz: Editorial los amigos del Libro.
 FIELD, J. (2016) *Minas, balas y gringos. Bolivia y la Alianza para el progreso en la era Kennedy*. La Paz:

Vicepresidencia del Estado.

IRIARTE, G. (1983) *Los mineros*. La Paz: Puerta del sol

JUSTO, L. (1961 [2007]) *Bolivia: La Revolución Derrotada*. Buenos aires: RyR.

KNIGHT, A. (2002) “Armas y arcos en el paisaje revolucionario mexicano” en Joseph, G.y Nugent, D., *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México Moderno*, México: Era.

LACLAU, E. (2004) *La razón populista*. Evanston: Fondo de Cultura Económica.

MANERO, E. (2014) *Nacionalismo, Política y Guerra en la Argentina Plebeya (1945-1989)*. Buenos Aires: UNSAM Edit.

MALLOY, J. (1989) *La revolución inconclusa*. La Paz: CERES.

QUINTANA, J. (1998) *Soldados y ciudadanos*. La Paz: PIEB

ROSEBERRY, W. (2002) “Hegemonía y lenguaje contencioso” en Joseph, G.y Nugent, D., *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México Moderno*, México: Era.

PORTANTIERO, J. y DE IPOLA, E. (1981) “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, Nueva sociedad 54, ISSN: 0251-3552.

ZAVALETA, R. (1983) *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI Editores.

